

jer que peligré de mal parto, que no tenga feliz alumbramiento con su imagen. Tres días había estado una señora en Mérida con recios dolores, y el último de ellos atravesada la criatura y echa un ovillo, y la madre sin fuerzas ni aliento, esperando por momentos la muerte; avisaron en este trance á los nuestros para que la encomendaran á Dios; lleváronle y echáronle al cuello una medalla, imagen de nuestro Padre San Ignacio, y en aquel mismo instante echó la criatura buena y sana. Y no me detengo en referir aquí otros casos en esta materia, por ser muy semejantes á los que dejamos referidos en otras partes; porque lo cierto es que en todos los lugares donde trabajan sus hijos, favorece sus ministerios y trabajos con singulares maravillas nuestro Santo Padre; y porque no todas se queden por decir, haremos aquí memoria de una u otra. Una niña, hija de padres nobles y afectos á nuestra Compañía, estaba muy al cabo de la vida, sin tomar el pecho por muchos días y ya con accidentes de muerte. Advirtiéndole, pues, los maravillosos efectos que obraban las medallas de nuestro Padre San Ignacio, enviaron á pedir una á nuestra casa, y en poniéndola al pecho de aquella criatura, luego sintió la mejoría y tomó el pecho de la ama, y sus padres cumplieron una devota promesa que habían hecho al Santo. Otra mujer estaba en el trance de la muerte, y ya sacramentada; habíala puesto en este peligro una hinchazón que se le había hecho en el vientre, que demás de atormentarla por tiempo de cuarenta días, apenas podía cada día pasar una onza de sustancia; persuadiéronla hiciese alguna devota promesa á San Ignacio; hizola, y púsose una medalla al cuello; comenzó luego á resolverse la hinchazón, y dentro de poco tiempo se halló buena y sana. Tenía otra mujer un niño con una enfermedad tan grave en los ojos, que se le iban cubriendo de nubes; encomendólo con tan buena fe á nuestro Santo, que en breve tiempo alcanzó el niño salud, sin otro remedio humano. Finalmente, no debo dejar de referir aquí los últimos frutos que los hijos de San Ignacio, por medio de sus ministerios, han cogido en la tierra y en el cielo los años de 1650 y los dos siguientes en la ciudad de Mérida, en la cual, habiendo corrido una enfermedad de peste, que aunque hizo gran destrozo en los cuerpos, pero no así en las almas, á las cuales no faltaron Sacerdotes que les socorriesen con los santos Sacramentos, y en particular con el de la confesión, acudiendo con tanta continuación nuestros Padres á los muchos que caían enfermos de este contagio, que pegándoseles la enfermedad rindieron la vida casi todos los que había en el Colegio, quedando vivo un sólo Sacerdote; siendo los que murieron tres Padres Rectores, uno después de otro, varones señalados en letras, virtud y talentos, cuyas vidas, por haber sido muy ejemplares y religiosas, y por haberlas rematado y ofrecido estos varones santos trabajando con caridad apostólica en este Colegio, las juzgamos por dignas de historia.

CAPITULO XVII.

ESCRÍBESE LA RIGUROSA PESTE
QUE AFLIGIÓ LA CIUDAD DE MÉRIDA, EN CAMPECHE,
DONDE MURIERON TRES PADRES RECTORES
Y OTROS DE NUESTRO COLEGIO, AYUDANDO Á LOS APESTADOS.

Cuando los casos y sucesos son raros, y en ellos por una parte se conoce el rigor de la justicia de Dios, y por otra su divina clemencia y misericordia, dignos son de escribirse en historia para memoria y ejemplo á los venideros. Tales fueron los efectos de la rigurosísima peste que aquí referiremos, que sucedió en la Provincia de Campeche, y más en particular en la ciudad de Mérida, donde nuestros religiosos Padres ayudaron á los heridos de esta enfermedad con tal caridad que rindieron la vida en esta empresa por haber sido tan rigurosa como aquí escribiremos; y porque demos principio por los presagios horribles que precedieron, estos fueron: que por los meses de Mayo, Junio y Julio del año de 1648, á las puestas del Sol se impresionaba de un calor tan encendido este planeta, que parecía arderser en vivas llamas, y después, al amanecer, se levantaban vapores tan gruesos, que anulaban la claridad del día y del aire; la tierra parecía que brotaba fuego de sus entrañas, ocasionando un calor y bochorno insufribles; los cuerpos se sentían extraordinariamente destemplados; el cielo de bronce para enviar su lluvia, aunque era tiempo de ella. Con este temperamento y rigores de tiempos, los animales brutos y aun las aves se caían muertos por los campos; y lo que sobre todo causó asombro á los naturales y forasteros, fué que las aguas del mar se inficionaron de suerte con las calidades conocidas de los malos aires, que á su contagio morían en tanta abundancia los peces, que sobre agnados cubrían la mar. Fué esto de suerte que navegando entonces por la sonda Cabo de Catoche y Golfo mexicano un navío que venía de Castilla, aunque era ligero y el viento favorable, y desplegadas todas sus velas, de sol á sol no le fué posible montar más de cuatro leguas por el impedimento grande y resistencia que de una y de otra parte le hacía la muchedumbre de peces muertos, por lo cual la proa no podía romper; y fueron tantos los que las olas y resacas echaron á las riberas y playas, y por ensenadas y caletas, que arrumados á montones, levantaban grandes médanos de esta mortandad. El olor y corrupción de este marisco llegaba y ofendía grandemente á la ciudad de Mérida, aunque distante por la parte más cercana cinco leguas, y para obviar el daño que de esta corrupción amenazaba, despachó el Gobernador de la Provincia sus mandamientos, para que los pueblos con sus comunidades acudiesen á quemar los peces muertos, señalando algunos españoles que fuesen Superintendentes á esta faena; pero era tanta la cantidad que arrojaban las olas, que se juzgó por imposible salir con el intento. A los fines del mes de Julio comenzó á picar el contagio de la peste en algunos barrios de la ciudad de Mérida, con la misma

furia que había corrido en el puerto de Campeche, donde murieron los más de sus moradores con otros muchos entrantes y salientes de aquel puerto. Cuando en Mérida se encendió el contagio eran tantos los que morían, que para minorar la aflicción y pena se mandó que ni al salir de la Iglesia el Santísimo Sacramento se tocasen campanas, ni al enterrar los difuntos, porque fuera un perpetuo doble de día y de noche; porque de una hora á otra caían los heridos de peste, y muchos de ellos morían el mismo día que caían enfermos, y otros á las cuatro, seis ú ocho horas que enfermaban. Y como en esta ciudad nunca se había visto ni oído aflicción semejante, era grande por extremo la confusión de la gente; aumentábanla la suma carestía y falta de bastimentos, falta de médicos y medicinas; ni podían socorrerse unos á otros: algunos se ponían en manos de un indio bárbaro y bozal para que con el primer cuchillo que topase les sajase las espaldas. A esto se añadió que no había quien diese un jarro de agua á los que caían enfermos, porque los domésticos en cada casa todos estaban caídos ó muertos, y de los de fuera ya no había quien se atreviese á entrar, escarmentados y despavoridos por ver los caminos, y debajo de los árboles, y por los campos tantos muertos. Y los indios de los pueblos que habían venido á servir á la ciudad, y se escapaban, quedaban tan desfigurados, que parecían difuntos. El número de los muertos de todos estados era tal, que en todas las iglesias se abrían sepulturas, y desde las dos de la mañana los llevaban á hombro de algún indio ó negro, y allí se los dejaban hasta que á las diez de la noche algún Sacerdote á todos juntos les rezaba un responso, y enterraban en la sepultura que hallaban desembarazada; pero no bastando ya las de los templos y cementerios, se hicieron en el campo unas grandes fosas, donde los arrojaban. El Santísimo Sacramento que se llevaba por viático, no era con más acompañamiento que el Sacerdote que lo administraba, y un indio alumbrando con un farol en las manos. Y sucedió alguna vez (cosa lastimosa) que herido del contagio de repente y desmayado el Sacerdote que llevaba el Santísimo Sacramento, hubo de entrar en un zaguán, mientras se buscaba otro que lo administrase. En las Religiones fué lastimoso el estrago que causó la peste, y en nuestro Colegio sólo dos Religiosos se escaparon, porque todos los que había en él de la manera que les era posible acudían á socorrer enfermos.

En esta ocasión y tiempo, cada uno de ellos trabajaba por muchos á todas horas y tiempos, de día y de noche, con soles ó lluvias salían adonde los llamaban: ora fuese á confesar, ora á asistir y ayudar á los moribundos; no les sobraba rato para su descanso, de que admirados algunos, decían: estos Padres parecen ángeles, que ni comen, ni reposan, ni duermen; y según la presteza con que discurrían donde eran necesarios, fué cierto que lo parecían. Y fué Providencia divina lo que notaron, que en los primeros quince días, en los cuales fué mayor el número de los que cayeron y murieron heridos de la peste, si no fué uno solo de nuestros Sacerdotes, los demás estuvieron sanos, y con tal disposición, que pudieron continuar el trabajo de acudir á los enfermos sin que el contagio les ofendiese, y cuando ya se iba mitigando, fueron cayendo y llevándose los Dios á premiarles sus santos trabajos y caridad que con los prójimos habían ejercitado; la cual la Iglesia cuenta con la que los mártires tuvieron en morir por Cristo, como en los martirologios se cuenta. Y un santo Hermano nuestro,

llamado Juan Esteban (cuya vida escribimos), se los anunciaba cuando los veía trabajar tan fervorosos, diciéndoles: «Ea, Padres míos, buen ánimo, hacer ahora el Agosto, que después hará Nuestro Señor el suyo de vuestras reverencias.» Así sucedió, y el primer Rector de tres que murieron en esta ocasión y tiempo, fué el P. Pedro Navarro, sujeto de excelentes talentos de virtud y letras, títulos que nos obligan á escribir aquí su vida.

CAPITULO XVIII.

VIRTUDES Y DICHOSA MUERTE DEL P. PEDRO NAVARRO, RECTOR DEL COLEGIO DE MÉRIDA. AÑO 1648.

Desde los más tiernos años de su vida fué previniendo Nuestro Señor á este siervo suyo, para que toda ella la empleara en su divino servicio, que es la mayor felicidad que puede tener un hombre en esta vida. Nació el P. Pedro Navarro en México, de padres honrados y de muy ejemplar cristiandad, en que impusieron á su hijo desde muy pequeño, y como el natural del niño era muy dócil y capaz, pegábasele la virtud felizmente. Siendo de ocho años le pusieron al estudio en nuestro Colegio, y en solos tres salió tan aventajado en Gramática, retórica y letras humanas, que en opinión de todos se aventajó á los demás sus condiscípulos. A los once años pasó á oír la Filosofía, en que salió consumado y perfecto, y se graduó á los trece de su edad, con tan grande lucimiento, que se llevó el mejor lugar de otros muchos que con él recibieron el grado; de suerte que se admiraban de su habilidad y expedición los Doctores y maestros de la Universidad que lo examinaban. Por este tiempo ya Nuestro Señor le llamaba para nuestra Compañía, pero como sus años eran tan pocos, hubo de esperar dos que gastó en cursar la Teología en nuestros estudios, y juntamente en los Reales de la Universidad los Sacros Cánones; después del cual tiempo fué recibido en la Compañía, y en el noviciado donde yo le tuve á mi cargo, y echaba de ver y me hacía reparar que siendo de tan poca edad, en su cordura y madurez de costumbres parecía un anciano; y en la devoción, fervor y ejercicio de todas las virtudes, ejemplo á todos los demás sus connovicios. Cumplido su noviciado lo ocupó la obediencia dos años en leer la clase de mayores y retórica, lo cual hizo con toda satisfacción, como quien tenía tanto caudal y talento para este ministerio. Después vino á México á acabar de oír la Teología, y al fin de ella sustentó un acto de toda ella; y por todo el día, con tal desempeño del concepto que de su habilidad y letras tenían los Padres de la Provincia, que en este tiempo se habían congregado en México á elegir Procurador á Roma, que á una conocieron ser mayores de lo que de ellas habían oído. Acabados con tan grande satisfacción sus estudios, por no tener edad para poderse ordenar de Sacerdote y siendo de Evangelio, le volvió á ocupar la santa obediencia en que leñera y diera asiento á los estudios de Gramática en el Colegio de San Luis Potosí que entonces se fundaba, y predi-

case algunos sermones, para lo que también tenía extremado talento. A uno y á otro dió el lleno que se esperaba de su religión y sus prendas. Ordenado de Sacerdote, pasó á tener su tercera probación, de suerte que toda la vida de este siervo de Dios fué entretendida y continuada en varios ministerios de virtud que ejerció siempre con grande edificación y ejemplo. Porque luego, acabada su tercera probación, le señalaron los Superiores para una de las misiones que entre naciones nuevas en la fe y gentiles tiene esta Provincia, que fué la de las Parras. En esta empresa gastó el P. Pedro Navarro siete años con grande aplicación, ocupándose en este ministerio con grande gusto suyo, aunque él tenía talentos para otros de mucho mayor lucimiento. Y no contento su fervor de caridad con los prójimos, con la ocupación de catequizar, bautizar, doctrinar y administrar los demás Sacramentos á los feligreses que estaban á su cargo, se extendía su celo de la salud de las almas á las que estaban en las haciendas y Reales de minas más de treinta leguas distantes, adonde iba á confesar y predicar á los españoles y gente de servicio que se ocupan en su labor; que como tan apartada de lugares donde hay frecuencia de doctrina, suele ser la más necesitada de ella. Y lo que servía de alivio en estos trabajos y los que en estas empresas se pasaban, eran los frutos de aquellas pobres almas que encaminaba al cielo; con que estaba tan contento, que propuso con muchas veras y eficacia cuanto era de su parte no salir ni dejar su amada misión, sino morir en aquel puesto ó páramo desierto, en la administración y doctrina de aquellos pobrecitos indios, en especial de algunos gentiles que de rancherías apartadas había reducido á vida de cristianos.

Con este gusto estaba el P. Navarro empleado en este apostólico ministerio, pero como los Superiores sabían el grande talento que tenía para el de las letras y escuelas, le llamaron para que leyese en México el curso de Filosofía que se seguía aquel año. Mucho sentía el Padre el salir de su amada misión y dejar los hijos que había engendrado en Cristo, y aunque deseó excusarse y no dejar el santo ministerio en que estaba con tanto gusto, no le valió su propuesta, con que con dolor grande de su corazón hubo de dejar su misión, haciendo de sí esta vez mayor sacrificio á la divina Majestad en la despedida de su partido y doctrina que hizo, cuando por su amor dejó patria, deudos, amigos y se dedicó á la enseñanza de aquellas pobres almas, sepultando sus talentos y aprendiendo con todo cuidado y aplicación su lengua tosca y ruda, en que fué eminente para enseñarles la doctrina de nuestra santa fe cristiana. Pero ya que no le fué posible quedarse en su amada misión, consiguó con su humildad el no leer el curso de Artes que se le señalaba. Ocupóse un poco de tiempo en los ministerios de nuestra Compañía en el Colegio de Querétaro, donde hizo su profesión de cuatro votos. De aquí, á grandes ruegos, instancias y súplicas del Vicario del Real de San Luis Potosí, benefactor de nuestra Compañía, pasó allá á ejercitarse en nuestros ministerios de púlpito y confesonario, donde hizo grande fruto en los vecinos de aquella república, que hacían grande estimación de su trato y doctrina; y en lo espiritual y temporal ayudó grandemente á este Colegio, y por su consejo se hicieron grandes limosnas, así á nuestra casa como á otros de fuera que siempre hallaban amparo en la caridad del P. Pedro Navarro.

Siete años estuvo aquí el Padre, y pareciendo á los Superiores que para sus muchos talentos era corta la esfera de aquel puesto, le pasaron al Colegio de la ciudad de los Angeles para que se encargara de la ilustre Congregación de seglares que allí tiene la Compañía; y en esta ocupación gastó algunos años con el mismo fruto, agrado y edificación que en todos los demás puestos y ministerios que se le habían encomendado; porque fué siempre grande la uniformidad de religión que guardó toda su vida.

Queriendo, pues, Nuestro Señor dar un remate dichoso al que tan religiosamente había trabajado en su viña, dispuso Su Majestad que en este tiempo, y cuando ya había comenzado á picar la enfermedad en la costa de Campeche, muriese en Mérida el Rector del Colegio que allí tiene la Compañía; en esta ocasión pusieron los ojos los Superiores en el P. Pedro Navarro, para que con su religión, letras y prudencia, gobernase este Colegio, que es de los más apartados de la Provincia, y conservase los estudios de Filosofía y Teología que aquí, con facultad de graduar sus estudiantes, tiene la Compañía. Esta determinación fué de tanto gusto para la ciudad de Mérida por las noticias que tuvo de los escogidos talentos del P. Navarro, que cuando ya iba caminando para allá, le salió á recibir cuatro leguas de allí lo más noble de aquella república.

No fué poco lo que el Padre tuvo que ofrecer á Nuestro Señor en admitir este cargo, porque él era de flaca salud y fuerzas, el viaje largo y de alguna travesía de navegación, el temple de la tierra de Campeche calidísimo sobremanera, y sobre todo, que ya corría la fama de la peste que infestaba las costas de aquella Provincia; pero el Padre, que siempre fué muy hijo de obediencia, se sujetó á esto, y exponiéndose á peligros de mar y de tierra, llegó al puesto que Nuestro Señor le señalaba. Comenzó á gobernar su Colegio con la mucha prudencia de que Dios lo había dotado, y con grande gusto de sus súbditos, y aunque desde luego le comenzó á probar con achaques y calenturas el temple de aquella tierra, no se excusaba de acudir en todo cuanto podía á los ministerios de púlpito y confesonario y á los demás ejercicios de comunidad, procurando, aunque fuese con trabajo propio, aliviar el de sus súbditos y compañeros; y con tal ejemplo, todos los de casa vivían con mucho gusto en toda regular observancia. Los de aquella república hacían mucha estima de los lucidos talentos y religión del P. Pedro Navarro, consultándole los principales personajes de aquella gobernación, así eclesiásticos como seculares, dando su parecer con la debida cortesía, pero con grande entereza, sin que otros respetos lo embarazasen para darlo siempre en favor de la razón y justicia. Y en esta materia le sucedieron casos muy señalados en que valieron mucho su religión, letras y prudencia para componer causas y diferencias de personas graves en aquella república, y se atajaron discordias que pudieran ser muy pesadas y molestas. Con esto, cada día se granjeaba nuevas estimas el Padre Rector, las cuales él conservaba con un retiro y circunspección religiosa; de suerte, que ni negaba su trato cuando la caridad lo pedía con los de fuera, ni tampoco se entrometía en lo que no era de su profesión, con que juntamente era respetado y amado. Particularmente excusaba de entrometerse en pretensiones seculares, aunque para ello era importunado, porque sabían cuán estimado era de los que gobernaban; pero cuando se ofrecía cosa que

tocase al bien de las almas, todos le hallaban con un semblante apacible, y pronto para semejantes obras.

Gobernando, pues, su Colegio el P. Pedro Navarro con toda esta religión y prudencia el año de 1648, comenzó á encenderse el contagio de peste que dijimos, en la ciudad de Mérida, con tal furor, que les era necesario á los nuestros acudir continuamente al consuelo, confesiones y ayuda de tantas almas necesitadas; y el Padre Rector, aunque andaba achacoso, ayudaba en lo que podía atendiendo también al alivio y regalo de los Padres sus súbditos, que sin tener descanso se empleaban en la ayuda de sus prójimos y andaban en medio de los peligros del contagio de que murieron seis de nuestros Religiosos. En esta ocasión, rendido el Padre Rector con los trabajos y cuidados de casa y de fuera, y siendo de suyo flaco y de pocas fuerzas, se sintió tan quebrantado y molido, que hubo de rendirse á la cama, y dos días después se sintió herido del contagio, y desde luego se miró como á quien se le había llegado la hora de su muerte. Miróla el muy religioso Padre con tan apacible semblante, que en él mostraba grandes ansias de irse á gozar de Dios al cielo, y aunque algunos de los nuestros que deseaban que Nuestro Señor le diese salud y vida, le decían por consolarlo que no era tan peligrosa la enfermedad, él no admitía esta plática, antes cuando el médico le declaró que era de muerte y que se le diesen los santos Sacramentos, él, con grande conformidad con la voluntad de Dios, oyó esta nueva. Recibió el Viático y la Extremaunción con grande entereza de sus sentidos; á los que mostraban sentimiento de su muerte, él los consolaba y alentaba. No apartaba los ojos de un santo Crucifijo que hizo le pusiesen delante, con quien eran sus tiernos y afectuosos coloquios, y actos fervorosos de contrición y conformidad con la voluntad de Dios; y perseverando, fija la vista en Cristo crucificado, con notable virtud y sosiego, y repitiendo los dulcísimos nombres de Jesús y María, dió fin á esta vida mortal á 23 de Agosto del año de 1648, para pasar á la de la gloria eterna; el cual, desde sus tiernos años, había vivido con grande cuidado en hacerse digno de ella. Fué sentidísima dentro y fuera de casa la muerte de un sujeto tan amado y estimado de todos, y que podía ser donde quiera de grande provecho con sus aventajados talentos de letras y religión y en edad á propósito para cualquier ministerio, pues cuando murió no tenía más de 44 años. El oficio de su entierro, aunque en tiempo tan peligroso de contagio, quiso hacer el Chantre de la Catedral y Gobernador del Obispado, Sede Vacante, el cual, de los Prebendados, era sólo el que había quedado vivo de los de la Catedral, y aunque él también había peligrado del contagio, había sanado, y no quiso excusarse de hacer este oficio de caridad, por la mucha estima que tenía del Padre Rector, cuya muerte creemos que fué preciosa á los ojos de Dios, pues aunque conoció el peligro de ella cuando fué señalado para este puesto, con todo, rendido á la santa obediencia lo ejerció con mucha voluntad.

CAPITULO XIX.

VIDA Y VIRTUDES DEL P. BARTOLOMÉ PÉREZ,
RECTOR DEL COLEGIO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS DE MÉRIDA,
EN CAMPECHE. AÑO DE 1647.

El segundo de los tres Padres Rectores que en la ocasión dicha murió en este Colegio, fué el P. Bartolomé Pérez, natural de la ciudad de Guadalajara de las Indias, hijo de las más principales familias de aquel reino, el cual desde su infancia mostró tan maduro juicio, que desde luego le criaron sus padres con el cuidado y enseñanza que convenia á un niño que pensaban había de ser honra de su linaje. Pero á la verdad lo pudo ser por la religión, aunque ellos lo pretendían por lo del siglo, adiestrándole en ejercicios de caballería: en ellos nuestro D. Bartolomé de Figueroa (que así se llamó en el siglo), se ejercitaba, aunque con el recato y honestidad de costumbres en que le impuso el Arcediano de aquella santa Iglesia, tío suyo, que le enseñó á leer y escribir en su misma casa. No lo puso á los estudios con atención á que había de tener otros empleos en el siglo, pero su natural dócil y la viveza de ingenio con que Dios le había dotado le inclinaban con notable propensión á las letras; y así, en muriendo su padre (que le dejó en la flor de su juventud), se dedicó tan de veras al estudio de Gramática y letras humanas, que en breve tiempo salió aventajado en ellas y muy apto para la Compañía, adonde ya Dios le llamaba. Y aunque no sin contradicción y sentimiento de sus parientes, se vino al noviciado de Tepotzotlán, ochenta leguas de camino, y fué recibido en él con sumo gusto, por ser el sujeto de conocida virtud, así por lo adquirido personalmente como en lo heredado por la sangre, teniendo parientes seculares y religiosos de esclarecidos ejemplos á quienes imitar.

Luego que entró en el noviciado, mudó el apellido de Figueroa por no ser conocido y estimado de sus deudos, contentándose con otro más llano de los que tuvieron sus abuelos, llamándose desde entonces Bartolomé Pérez; siendo ya novicio, aprovechó en toda virtud y con el mismo fervor de espíritu procedió toda su vida. Acabado su noviciado y hechos sus votos de religión, empezó desde el Seminario á señalarse entre sus condiscípulos con singular aprovechamiento en los estudios; pues haciendo ausencia por algunos meses el maestro del Seminario, así él como los Superiores, juzgaron que podía con toda suficiencia sustituir su lugar el Hermano Bartolomé Pérez. De aquí pasó á México para estudiar Filosofía, y en acabando de oír el curso de Artes, le mandaron defender el acto general de todo el curso y luego le enviaron á leer Gramática y latinidad al Colegio de Querétaro recién fundado entonces, y dió principio y asiento á aquellos estudios con grande utilidad de virtud y letras de la juventud de aquel lugar. Dos años empleó en este ministerio, y después de ellos vino al Colegio de México á oír Teología, y al primer año interrumpieron otra vez el curso de sus estudios los Superiores, que hacían digna estimación